

15.2/316 Darwin.

ADICION 1ª 7-276 1

(" El Porvenir ", Sevilla, 1 enero 1901).

O.C. Tomo X.

## DARWIN

A medida que el tiempo pase se irá poniendo cada vez más en claro todo lo que Darwin pesa en el pensamiento del siglo XIX.

Apenas hay disciplina del saber humano que no se haya vivificado en el siglo XIX por la fecundísima doctrina de la evolución. El criterio evolucionista ha sido en él el dominante en las ciencias puras, sobre todo en las ciencias llamadas por algunos concretas. Hijo de él ha sido en historia y sociología el *sentido histórico*, flor la más preciada acaso del siglo que está concluyendo. Todo se ha visto en proceso, *in fieri*; á la concepción estática ha sucedido la concepción dinámica, ó más bien genética de las cosas.

Y no es que ese criterio surgiera de Darwin, ni que fuese el primero en formularlo ni que lo formulase siquiera, ni que carezca de precursores el naturalista, nó. Antes de él, mucho antes de él venia elaborándose ese modo de ver, y si en alguien culminó fué en el gigantesco Hegel, en ese coloso del pensamiento del siglo XIX. De las migajas de la mesa intelectual de Hegel hanse alimentado no pocos pensadores tenidos en grandísima estima y más leídos aún que el maestro. Si alguien compendia lo más íntimo de la concepción ideal del siglo XIX, del siglo que bajo los imperios de Kant y de Napoleón se abriera, ese alguien es Hegel. Darwin no fué, después de todo, más que un concienzudo é inteligente especialista, espíritu noble y mente perspicaz, que interrogó á la Naturaleza en uno de sus muchos rincones. ¿Por qué, pues, pesa tanto en el pensamiento del siglo XIX?



VNIVERSIDAD  
DE SALAMANCA

GREDOS.USAL.ES

Es que no basta concebir vastas y fecundas concepciones ni crear poemas del pensamiento abstracto tan hondos como la *Lógica* de Hegel, es preciso, además, llevarlos á tierra, mostrarlos encarnados en hechos, darles suelo firme. Y si la vasta doctrina de la Evolución fué antes de Darwin concebida, desarrollada y formulada, él fué quien primero la probó en un campo concreto de la vida universal. Las leyes de la lucha por la vida, de la selección del más apto, de la adaptación al medio, de la herencia, fué Darwin quien nos las mostró en vivo. Y sobre todo la de la selección, á él se debe más que á nadie el principio de la selección. Leyes que, naciendo modestas, como expresión de un grupo de hechos limitados á un restringido campo, hanse ido ensanchando en nuestras mentes y en ellas transformándose hasta invadir los campos todos de nuestro saber.

Aunque en otro orden el impulso de Darwin en nuestro siglo, en el siglo en que nacimos los que al XX vamos, ha sido tan profundo como en el XVI el de Lutero. Los mismos sentimientos religiosos—lo más entrañable y profundo que hay en el hombre—no se han sustraído al movimiento transformista ó evolucionista en los más de los hombres á la vez que religiosos de veras cultos del siglo XIX. En las más puras y elevadas esferas del pensamiento cristiano moderno el evolucionismo ha vivificado la investigación primero, el sentimiento mismo religioso después. Basta repasar la noble é inmensa labor que la escuela exegética alemana ha llevado á cabo, basta ver á qué punto de depuración llega el ideal cristiano en un Harnack, en un Sabatier, en otro cualquiera de los discipu-

los de la escuela histórica, genuinamente histórica.

Gran resonancia ha logrado en este fin de siglo Nietzsche, que ayer tarde estaba de moda, y su famosa doctrina del *sobre-hombre*. Y ¿es tal doctrina más que un eco de las enseñanzas darwinistas?

A medida que el tiempo pase se irá poniendo cada vez más en claro todo lo que Darwin pesa en el pensamiento del siglo XIX.

MIGUEL DE UNAMUNO.



VNIVERSIDAD  
DE SALAMANCA

GREDOS.USAL.ES